

REVISTA
DE
COSTA RICA

LITERATURA Y CIENCIAS

AÑO I. JULIO 1892. N 3.

Serie II

SUMARIO

- I.—LO IDEAL, por Antonio Zambrana
- II.—CARTA, por Leonidas Pacheco
- III.—MEDALLONES, sonetos, por Justo A. Facio
- IV.—APUNTES HISTORICOS, por José F. Peralta
- V.—FRANCISCO COPPEE, traducción, por Carlos Gagini
- VI.—CRÓNICA DE TEATRO, por Manuel Argüello de Vars
- VII.—NOTAS

DIRECTOR PROPIETARIO: JUSTO A. FACIO.

SAN JOSE.

Tipografía del Comercio

CALLE 18, N. N.º 241.

REVISTA
DE
COSTA RICA

Literatura y Ciencias

Serie II

AÑO I

JULIO, 1892

Nº 3

DIRECTOR PROPIETARIO—JUSTO A. FACIO

SAN JOSE
Tipografía del Comercio
CALLE 18, N., N° 241

LO IDEAL

(Un estudio)

CARTAS A UN POETA

II

Entremos ya, mi querido amigo, en lo fundamental del asunto. Le advierto que á pesar de la seriedad de estas cuestiones, dejo ir mi pluma con la brida sobre el cuello, con perdón sea dicho de la inolvidable Mad. Sevigné; tire V. de la rienda, si nota que mi charla le toma demasiado espacio.

No puede aceptarse que exista hoy una escuela filosófica reinante: pero tampoco puede desconocerse, sin cerrar los ojos á la evidencia, el predominio del *positivismo*.

¿En qué consiste esa filosofía? Consiste precisamente en no filosofar; en no hacerlo al menos, sino dentro de límites muy estrechos. Hubo ya *positivistas* entre los griegos; pero la doctrina moderna, mucho más concreta y metódica, procede del libro famoso de Kant, «La Crítica de la Razón Pura.» Dos proposiciones de ese libro bastan para darse cuenta del *Positivismo*: el hombre no puede pensar fuera del tiempo y del espacio; la hipótesis que no puede comprobarse por la experiencia no es susceptible de convertirse en una convicción científica. El ilustre filósofo alemán á quien ahora me refiero no dice las cosas con tanta claridad como en mi estilo pedestre las expongo; pero este es un resumen de su pensamiento.

Cualquiera comprende que Dios, lo eterno, lo infinito, la vida de ultratumba, están fuera del tiempo y del espacio y no son asuntos de experiencia; no pueden, por lo mismo, ser *pensados*. La filosofía que en eso se ocupa es una filosofía fantástica y no una serie de doctrinas científicas. Tal es el *noli me tangere* con que cerró Kant en el libro aludido la entrada á los problemas fundamentales de la Metafísica.

Para Kant, lo mismo que para todos los

positivistas antiguos y modernos, la ciencia del hombre es característicamente relativa; conocemos los fenómenos, no conocemos los *noumenos*, ó esencias de las cosas. Esta profesión de modestia tiene la ventaja de que nos ahorra un tiempo precioso en investigaciones llamadas á seguro fracaso, y la de que separa de la filosofía y de la ciencia los delirios de la imaginación y el sentimentalismo.

Si entrara en mis propósitos hacer un estudio completo de la doctrina á que me ven go refiriendo, no podría prescindir ahora de examinar, por lo menos, los grandes sistemas de ideas que Comte y Spencer han levantado sobre la crítica de Kant; pero me parece suficiente lo dicho para los fines que tengo en mira, como se verá más adelante.

No soy enemigo del *positivismo* y aun debo ser considerado como una especie de *positivista*; pero lo que no admito es que la condenación moderna de cierta metafísica delirante que tuvo sus tiempos de esplendor, signifique, como ha solido entenderse, un retorno forzado y por pasos que la ciencia conduce á los umbrales del materialismo. La materia, después de todo, no es más que un concepto, y aun, propiamente hablando, una hi-

pótesis del entendimiento. Ya sé que esta aserción parece chocar con el testimonio de los sentidos; pero, dígase lo que se quiera, el testimonio de los sentidos no tiene otro valor para el humano pensar que el que le dan las mismas leyes del pensamiento. El loco que cree ver lo que no existe, ó lo que existe con formas diversas de las reales, tiene motivos para sentir profunda confianza en su visión; y ante un análisis severo, no poseemos, los que nos llamamos cuerdos, razones de mayor entidad que las suyas para afirmar de plano la existencia real de la fantasmagoría que forma nuestro mundo sensible. No hay más que un hecho incommovible de conciencia, —nuestra propia *idea*. Creemos en el mundo, en lo que tocamos y miramos, ó imaginamos tocar ó mirar, —que lo mismo importa—porque según las leyes ideales nos sentimos irresistiblemente impulsados á creer en ello. Lo que hay de seguro, de cierto, de únicamente cierto y seguro, es la idea que vive en nuestro interior, que es nuestro *yo*, nuestra esencia, nuestra verdadera sustancia, á todos cuyos movimientos asistimos, en tanto que necesitamos que nos cuente un libro, un profesor, una enseñanza científica, en fin, lo que está pasando, en este momento, en

nuestro estómago, en nuestro corazón, en nuestros pulmones, en nuestro mismo cerebro desde el punto de vista físico. Con respecto á nuestra idea, no sucede lo mismo; no hay repliegue suyo que se nos escape; ni misterio ni maravilla de las muchas que encierra de que no seamos espectadores, por este poder de reflejarse nuestra idea en sí misma, que es el mayor portento del Universo.

Somos, pues, una idea organizada (no hablo ahora del cuerpo) un organismo, un sistema de ideas; este es un hecho *de experiencia*, la más positiva que conozco; y la experiencia misma no tiene tanta importancia como criterio de verdad, sino porque así lo prescriben las leyes de la idea.

Pero esa idea, tan inmateral como se la suponga,—no faltará quien replique,—depende de nuestro organismo material, de nuestro cerebro, de nuestros nervios, de nuestra sangre, del equilibrio de nuestras funciones, del estado de nuestros órganos; se desarrolla ó enferma, se aniquila ó se robustece por razones de carácter físico; un poco de alcohol la trastorna, una lesión del cerebro la enloquece; duerme y despierta según los movimientos de la sangre; es la idea del héroe, la idea del tonto ó la idea del bandido

por la herencia de gérmenes morbosos ó sanos y en definitiva por la organización material del hombre. ¿Y dice V. que la materia es una hipótesis?

No es otra cosa, por más que sea una hipótesis perfectamente bien fundada. Sólo de la idea tenemos un conocimiento directo é inmediato; sólo respecto de ella cabe por lo tanto, una afirmación categórica.

Admito que la organización física, con todo y no ser más que hipotética, tiene un influjo inmenso en nuestro *yo*; pero de aquí á confundirlo con él hay gran distancia todavía; negar el *yo* en consideración á una hipótesis suya, por sólida que sea, es el absurdo que he querido poner bien de relieve.

Porque á la postre, eso de nervios y de sangre que parece tan seguro no es más que una serie de concepciones de la idea que es *posible* que tengan realidad viviente, que es lo más *probable* que de la realidad se deriven; yo así lo creo, porque confío en las leyes ideales que me lo aseguran; en lo que me empeño es en que únicamente por el testimonio de la idea y por la seguridad de sus leyes, lo que es decir, de su organismo propio é intrínseco, supongo yo que existe de veras la materia.

Y por supuesto, lo de que el pensar es una función del cerebro, á la manera que la digestión lo es del estómago es á mis ojos evidente desatino; la digestión es vegetativa y consta de actos materiales, de operaciones físicas y químicas: todo eso se mide, se pesa, se influye con medios puramente materiales, pertenece á ese mundo de fantasmas que está fuera de nuestra esencia, que tanto da que exista como que se imagine.

El pensamiento,—esto es lo que lo distingue característicamente de lo que llamamos la materia,—no se pesa ni se mide, se elabora á sí propio, y sin que la situación de los factores físicos se altere en lo mínimo, experimenta, por la acción de medios ideales, trastornos y alteraciones inconmensurables. Alguien nos habla y ¡qué bullir de ideas! ¡qué despertar de facultades! ¡qué estímulo para la acción! Se dirá que la palabra es medio físico; pero como medio físico, la palabra del poeta, la palabra del bestial son casi equivalentes; ¡cuánta distancia, sin embargo, en los efectos! Sin que se cambie la composición de nuestra sangre, sin que se modifique la atmósfera que respiramos, sin que se toque á la estructura de nuestros nervios, una sola palabra, el nombre de la patria ¡qué

revoluciones puede operar en nuestro sér! Que se busque el estimulante físico, por poderoso, la reacción química, por complicada, que pueda llevar al mundo de la idea las convulsiones y los cataclismos que con algunas palabras se producen.

Y si la acción de lo físico sobre lo ideal no hay para que negarla, la acción de lo ideal sobre lo físico no es menos evidente. Un recuerdo nos llena la boca de agua, y otro nos inyecta los ojos de sangre. ¡Cuántas veces nos sentimos helados, cubiertos de frío sudor, próximos á total desmayo por una idea sutil é impalpable que ha atravesado como un relámpago por nuestro pensamiento!

En buena hora, pues, que se estudien y á consecuencia de ese estudio, se acondicionen las circunstancias físicas que pueden tener influencia, buena ó mala, en la corriente y en el destino de la idea; pero conste que á mi modo de ver el elemento ideal que en nosotros vive es capaz de cultivo propio é independiente; que aceptando lo que se llama el *determinismo* con todas sus consecuencias, el hombre, la inmensa generalidad de los hombres, pueden influir por mil medios en las causas que *determinan* sus acciones; pueden ser *causa* de las *causas* de su conducta;

que hay algo más, por lo menos, mucho más, debí decir, que fósforo y que azufre en la dirección de nuestro ánimo, en la fijación y el desempeño del programa de nuestra vida.

Cuanto puede hacer el arte en el asunto, ya lo diremos á su hora; pero permítame que, desde este momento, aplauda las censuras de Platón para el arte que degrada lo humano y que envilece lo divino.

Permítame, queridísimo poeta, que lo excite con empeño á ser un centinela desvelado de la alteza, de la castidad y de la honradez cabal de su Musa. Sólo á ese precio será V. siempre el dulce y noble poeta que todos admiramos.

A. ZAMBRANA.

que hay algo más por lo menos, mucho más debe decir que los otros y que ande en la dirección de nuestro ánimo - en la línea y el desarrollo del programa de nuestra vida.

Como puede hacer se ve en el mundo por las direcciones a su hora, pero permitiendo que desde este momento adelante...

S. D.

Ricardo Fernández Guardia

San José.

MI QUERIDO AMIGO:

PÁSEMME la cuenta. En este rinconcito en donde vivo son tan escasos los momentos de placer, que bien vale la pena de pagarlos á alto precio cuando se les encuentra. Y usted me ha proporcionado uno y no corto. Dos, tres horas, qué sé yo cuánto tiempo.

Leí su artículo «Lolita». Su forma elegante, su corte literario, la verdad de sus descripciones, la viveza encantadora que palpita en ese cuadro, que no es por cierto de

pura invención, sino una fotografía casi exacta de los muchos que debe usted guardar en la memoria, desde luego me produjo grata impresión. Tuve el placer estético aumentado por el orgullo que produce el triunfo del amigo. Me encanta su artículo, porque lo encuentro bello. Me encanta mucho más porque es suyo. Usted es mi amigo, mi buen amigo: ha triunfado y con ello gozo.

En esta vida *terre á terre* que por acá llevo, ocupada en contestar traslados, alegar de buena prueba y cantar *arrurrú niñita*, apenas si puedo de vez en cuando leer algo de lo que constituye mi principal afición. La Revista de Justo es de lo poco que no perdono. La leo siempre y despacito para que dure, como muchacho goloso que sólo tiene un durazno. El último número traía su artículo. Me deleitó como literatura, ya lo dije, y al galope sacó de mi memoria una tropa de recuerdos que ya empezaban á enmohecer. Volví á Madrid, ví á Lolita, le hablé, me dió quejas de usted, me enseñó su traje nuevo, me hizo la revista *demie-mondaine*, me anunció su viaje á París . . . y seguí recordando.

La ví llorar cuando supo que el vapor había partido para Costa Rica. Con su encantador deo andaluz me dijo entre mohines:

«Ya ve usted, los hombres todos son ingratos.»

Llevo me después mi memoria á París. Allí volví á verla en su cuartito de la calle de Petites Ecuries. Estaba pálida, muy pálida y tosía. La pobre muchacha llegaba al final de su vida azarosa. ¡Ya llegó tal vez! Cuando le di el apretón de manos de despedida creí que sería el último. El tinte subido de sus mejillas, la palidez de su frente, la expresión triste de sus ojos, antes tan jugetones y parleros, bien á las claras decían que la pobre Lola se iba á morir.

.....

Al principio de esta carta dije que su artículo era fotografía casi exacta de un episodio de su vida madrileña. Si no temiera ser indiscreto, yo contaría un pequeño poema, lleno de poesía, que yo me sé. Pero no quiero descubrir secretos que no son míos ni con manos profanas deshojar un ramillete de recuerdos.

Una página de la historia de Lola, la página triste no más voy á recordar. Varios amigos nos habíamos reunido en casa de ella. Hablábamos de muchas cosas y sobre todo reíamos de las que Lola decía. ¡Tenía tanta chispa! Usted le preguntó si algún día de su vida había sufrido. Aquella cara,

según usted, había sido hecha sólo para reír, para besar, para que la besaran.

Antes de contestar, en la frente de Lola se cuajó una sombra, y con una nota nueva por lo triste en su voz, dijo: «Oye. Nací en Granada. Crecí entre flores y fui bonita como ellas. Cuando tuve quince años, las mozas me envidiaban y los hombres me decían cosas agradables; hasta hubo torero que á mi paso tendiera su capa á guisa de alfombra y quitándose el calañés dijera: «Calle! si es más linda que Dios!» A esa edad me casé con un hombre vulgar, mal educado y brutal. Año y medio vivimos en paz. Mi marido se cansó de mí y tuvo una querida. Esta mujer, á quien mi belleza había mil veces humillado, me aborrecía. Logró dominar á mi marido y quiso y obtuvo que éste me insultara, me ofendiera con la ofensa que jamás una mujer perdona.

»Una tarde salí de paseo. Cuando regresé á casa, mi marido y su querida estaban allí listos para darme la bofetada cruel, para escarnecerme, para provocar una tempestad que debía tener desenlace horrible y para ellos inesperado, y en la cual debía naufragar mi tranquilidad, la dicha de mi hogar, mi honradez, todo.

«Encontré la cínica mujer á medio vestir con las trenzas sueltas y tendida en mi propio lecho. «Lola, me dijo mi marido, he ofrecido treinta duros á esta mujer. Haz favor de dárselos.»

»Infames! Habían robado mi dicha, habían triturado mi amor propio, desde largo tiempo los celos me mordían con rabia el alma y no se habían saciado. ¡ En mi propia casa, en mi mismo lecho... y la esposa obligada á pagar las caricias de la querida!

»Entré á las habitaciones interiores. Con la mano izquierda tomé el dinero y con la derecha una hacha pequeña destinada á usos domésticos. Me acerqué á la mujer con el arma oculta entre las ropas. «Tome V. su dinero» le dije. Con admirable calma contó una á una las monedas. Eso, le dije, es por cuenta de mi marido: esto por la mía. Levanté el brazo. La furia de la venganza me dió fuerza y acierto. Sin exhalar un ¡ ay! y con el cráneo hecho pedazos, la infame cayó á mis pies muerta.

»Largos y pesados días pasaron para mí después de este drama sangriento. La tristeza del calabozo, las lentitudes del proceso, las angustias del que espera su sentencia llenaron mis horas de mortal agonía.

»Fuí absuelta. Abandoné á Granada, mi patria querida, y me vine á Madrid. Aquí ya conoces mi vida. Legaré á mi hija un nombre manchado y moriré quizás en el hospital. Poco importa. Hoy por hoy me divierto y río. Si se juzga mi pasado por mi presente parece color de rosa y ya ves qué negro ha sido !»

*
* *

Siga escribiendo sus lindas historietas, querido amigo. A usted le proporcionan honra y á mí momentos bien agradables.

Su afectísimo,

LEONIDAS PACHECO.

Junio de 1892.

MEDALLONES

I

MARIANA ARGUELLO

Brota de la hermosura placentera
en tu semblante á la inocencia unida
una expansión de fuerza parecida
al nacer de lozana primavera.

Con dulces ansias el amor te espera,
y por risueñas hadas conducida
el triunfal regocijo de la vida
anima y embellece tu carrera.

Tus labios incitantes, si sonríes,
son á la mente, que el placer invoca,
manojos de encendidos alelíes;

y por eso, al matiz que los provoca,
acuden, como arsiosos colibríes,
en bandadas los besos á tu boca.

II

CLEMENCIA BONILLA

Bajo el rico dosel de tu cabello,
tu semblante moreno y sonrosado
es un suave crepúsculo bañado
por el pálido nácar de un destello.

Hermanas lo apacible con lo bello
y ostentas la dulzura y el agrado
con que tiende, al sentirse acariciado,
el cervatillo tímido su cuello.

Hay un soplo de fuerzas no sentidas
que en tus mejillas fecundar parece
las hojas de las rosas encendidas;

bajo cuya virtud germinadora
tu alma de virgen á la par florece
como un botón de pétalos de aurora!

III

VIRGINIA

(*Marco dorado*)

AL oro mismo soberano humilla,
copo de sol, su rubia cabellera,
y difunde la rosa tempranera
la sangre de su tez en su mejilla.

Es su dulce mirar mariposilla
con veste de flamante primavera
que en argentado vaso prisionera
cual sobre fondo de topacio brilla.

Dos hojas de la flor de pasionaria
son sus labios vibrantes, cuyo dejo
tiene ritmos de risa y de plegaria;

canta y se agita con vivaz despejo
y en medio de su risa tunultuaría
retoza en ella el infantil gracejo!

IV

VIRGINIA

(*Marco negro*)

En actitud serena, mas sombría,
su semblante, de frente reclinado,
como en pálida cera modelado,
es el busto de un ángel que dormía.

Su mirada, que apenas traslucía
el cristal de sus ojos empañado,
semeja un pajarillo sepultado
bajo los copos de la nieve fría.

Brotan sonrisas en su boca yerta
y está su dulce imagen mientras tanto
de misteriosa placidez cubierta.

Duerme la niña con sereno encanto.....
y tan dormida está que no despierta
ni al gemido dantesco de mi llanto!

JUSTO A. FACIO.

APUNTES HISTORICOS

III

Una carta del cura de Cartago al Gobernador, con fecha de Mayo de 1638, da á conocer algunas de las costumbres más antiguas que se observaron en Costa Rica, pues habla de las prácticas que se hacían seguir á los indios en algunas fiestas religiosas.

Baltazar de Guido, cura y vicario de Cartago y Comisario del Santo Oficio se quejaba amargamente al Gobernador de que los indios comprendidos desde Barba hasta Turrialba y Tucurrique no llevaban á Cartago sus andas y sus santos para celebrar con esplendidez la fiesta de Corpus Christi; y que los zafios no se mostraban solícitos para dan-

zar con sus insignias, pendones, cruces y tutti quanti, debido á su poca fe. Más tarde debía cambiarse esa costumbre, guardando las músicas y contradanzas para celebrar la fiesta de Nuestra Señora de los Angeles.

La poca fe de que habla el buen padre Baltazar, muy bien podía juntarse al cansancio que los indios temían experimentar, obligados á venir desde tan lejos á *macho tálón* y á saltar, con medio quintal de reliquias encima, delante de las imágenes.

Por entonces los naturales deberían decir lo que mucho más tarde exclamaron, en una de las reyertas habidas entre Cartago y San José, los ciudadanos de Orosi, colocados á la vanguardia del ejército del Irazú, por prevención de una fuga. Marchaban los indios llenos de ardor y confianza—puesto que iban á pelear por la religión de la Negrita de los Angeles y que ésta los preservaría de las descargas de los fusiles de chispa enemigos; pero apenas el fuego se hubo establecido y las balas silbado cerca de las orejas de los orosinos, cuando los desconfiados, tomando las de Villadiego por donde mejor pudieron, gritaban á todo gahzate, bien que amargamente y sin aflojar la carrera: «¡Maldita tu religión!» Pues no eran para hacer gritar menos las ca-

minatas forzadas y las danzas macabras que el cura de Cartago exigía á los pobres indios en 1638.

*
* *

Aunque aquí trato principalmente de recordar algo de lo concerniente á la Iglesia de Costa Rica en la época de la dominación española, no por eso pasaré por alto el nombre de fray Rodrigo de la Cruz, quien tomó los hábitos de la religión belemita después que dejó la gobernación de Costa Rica y la Alcaldía Mayor de Nicoya. En el primer carácter, su nombre merece citarse con especial gratitud por el buen trato que dió á los indios y por su generosa conducta. En los volúmenes de documentos y notas que ya he citado, se encuentra la narración completa de la expedición que hizo á Talamanca don Andrés Arias Maldonado, acompañado de su hijo don Rodrigo; y las que éste emprendió después de la muerte de su padre, cuando quedó con el mando interino de Costa Rica. La temida Talamanca estaba rendida á los pies del valiente y generoso don Rodrigo; las iglesias que fundó fueron de mucha utilidad á los misioneros para la sumisión de los indios, quienes habrían reportado

mucho provecho si hubiera sido nombrado gobernador de la Provincia, don Rodrigo, y no honrado simplemente con el título de marqués de Talamanca, título que iría á morir en breve á la puerta de un humilde monasterio. En efecto, aunque en 1665 se le nombró Alcalde Mayor de *Nicoya*, él, desilusionado por no haber obtenido el mando en propiedad de Costa Rica, pasó directamente á Guatemala, en donde entró á la congregación Belemita que fray Pedro de Bethencourt había fundado en aquella ciudad; entonces cambió sus títulos y su nombre por el de fray Rodrigo de la Cruz.

La imaginación popular encontró buen argumento en el cambio súbito de vida del señor marqués. Se dijo que estando una noche entregado al sueño más profundo allá en sus dominios de *Nicoya*, se despertó atónito al oír el ruido plañidero de las campanas de la Iglesia parroquial que tocaban á muerto.

Levantóse alarmado don Rodrigo, fué á la iglesia y . . . ¡cuál no sería su asombro al encontrarse en el templo, en medio de sus gobernados, que lamentaban su muerte y en presencia de su propio cadáver! Quizá suponga alguien que esta es una segunda edición de don Juan Tenorio, pero ello es lo

cierto que esa anécdota pertenece á la crónica costarricense. Se agrega que aquella fué una revelación para don Rodrigo, quien, con vista de sus despojos mortales, creyó haber muerto para el mundo ingrato y engañoso.

Sin darme la pena de probar esos hechos, paso á lo que dicen los documentos, que, en materia de historia, son la única revelación en que debe creer el cronista.

Después de haber prestado servicios á la orden y de alcanzar el rango de segundo jefe, murió Fray Rodrigo en la ciudad de México; bien que haya publicaciones que determinan el punto de su muerte en el convento de Belén de Guatemala. Sin querer contradecir á nadie, diré que, á este respecto, he escrito lo que fuente autorizada me ha asegurado. Salomé Jil (José Milla), uno de los mejores ingenios centroamericanos, ha inmortalizado el nombre de Fray Rodrigo en una preciosa novela.

Las misiones de la Talamanca quedaron restablecidas por don Rodrigo. Entre los religiosos que más se distinguieron en ellas sobresale Fray Antonio Margil, quien, por su manera de doctrinar los indios, mereció que sus compañeros de religión lo designaran con el nombre de «Apóstol de Guatemala».

En el primer número de LA REVISTA DE COSTA RICA, primera serie, publiqué un estudio sobre ese misionero; así es que ahora no haré nueva referencia á lo dicho anteriormente de él.

*
* *
*

Armas al hombro! Llega el turno á los milagros. Nadie ignora entre nosotros que los habitantes de Cartago y de todo el país, atribuyeron á la Virgen de Ujarrás la derrota, ó mejor dicho, la fuga precipitada de los piratas Mansfelt y Morgan (1666) que habían desembarcado en Matina con setecientos hombres internándose hasta Turrialba. Nunca se vió en mayor peligro la Provincia. La buena suerte quiso que no cayera en manos de los filibusteros ingleses, luteranos fanáticos que lo hubieran pasado todo á sangre y fuego, como aconteció en otros lugares.

La descripción exagerada que una india de Turrialba hizo del camino que separaba aquel pueblo de Cartago, sobre los peligrosos pasos y el número de españoles que los defendían, contribuyó á desanimar á los piratas. El mismo Morgan quedó admirado de encontrar en Turrialba, aunque de muy mal

humor, la mula del capitán Bonilla, quien estaba á la cabeza de una pequeña avanzada. Juarros dice que los filibusteros precipitaron su fuga, atemorizados por el ruido enorme de trompetas, atambores y descargas que, una madrugada ordenó, desde un montecillo, el capitán Bonilla. La fuga de los bucaneros que disponían de una fuerza de sobra suficiente para entrar hasta Cartago, pareció cosa increíble, como lo fué realmente; y fuerza era creer en la intervención de la Virgen de Ujarrás, á la cual se habían hecho súplicas y promesas sin cuento, cuando la noticia de la invasión sobrecogió el ánimo de los provincianos. La intervención de Nuestra Señora de Ujarrás, que la imaginación del pueblo hizo aparecer, probablemente, á la cabeza de una inmensa legión de guerreros, lista á deshacer los invasores, no era cosa nueva, ni mucho menos, desde que el gran apóstol Santiago peleó á la vanguardia de los españoles en aquel célebre combate contra los moros.

En acción de gracias se celebró periódicamente, cada año, hasta el completo abandono del valle de Ujarrás, una misa votiva, en honor de la Virgen que había librado á Costa Rica de la espada pirata y filibustera.

El gobernador de Costa Rica concedió el título de «Generalísima de la Provincia» á la Virgen de Ujarrás y como insignia de mando se le donó un bastoncito de plata.

En la iglesia del Paraíso se conservan los vestigios de la antigua parroquia de Ujarrás y entre ellos está una tabla con una inscripción que difícilmente se lee, donde se relata el milagro y la intercesión de la Virgen y que es, por cierto, uno de los objetos que se debieran conservar con mayor cariño y cuidado en nuestro Museo Nacional.

Lo dicho anteriormente respecto á la famosa incursión de Mansfelt y Morgan no da una explicación completa de las causas que influyeron en el ánimo de los bucaneros para no haber llegado hasta Cartago.

Un pirata cronista, compañero de los filibusteros, el famoso holandés Oexmelín, dá razón de ella, y por cierto no fué otro el motivo que el haber disputado en Turrialba franceses é ingleses por cuestión de víveres, al extremo de querer librar batalla entre ellos, lo que, visto por los jefes, contribuyó á que cada uno ordenase un regreso precipitado hacia los barcos. Buena la hubieran hecho y mejor hubiera sido para el Capitán Bonilla, quien á no dudarle, en aquella situación di-

fácil para los piratas, también contribuyó á ponerlos en fuga.

Con las correrías de esos terribles merodeadores marinos, comenzó para nuestro país el período más triste y lúgubre de su historia. Esas incursiones asolaron nuestras costas, destruyeron el naciente comercio de la Provincia y dieron un golpe mortal á las productivas haciendas de cacao de Matina, que se vieron desde entonces abandonadas ó cuando menos, mal cultivadas.

* *

Las misiones habían seguido con buen éxito en la Talamanca. En 1676 se encontraban reducidas más de quinientas familias indígenas.

De la activa Gobernación del Maestre de Campo don Juan Francisco Sáenz y del interino Francisco Antonio de Rivas Contrera no tengo nada de interesante que decir, pues lo único de que se pudiera hablar es de las correrías de los piratas. Igual cosa habré de decir de la gobernación de Miguel Gómez de Lara, que coincidió con el saqueo de las costas del Golfo de Nicoya por Sharp y Dampier. Por curiosidad recordaré el saqueo é incendio de Nicoya el 12 de Febrero de 1687. La descripción de esos hechos la

he visto en el propio libro de *Rameneau de Lussan*, quien acompañó á los filibusteros de América de 1684 y años siguientes. (Seg ed. París, 1693.)

Los piratas ingleses y franceses, aunque enemigos entre sí, se unían de todo corazón para atacar y saquear las poblaciones españolas que pagaban bien caro las enemistades conquistadas en el viejo mundo por los monarcas que ceñían corona [de oro en el Palacio de San Ildefonso. Pero volviendo á Nicoya, he aquí lo que dice de ella el cronista pirata:.....«Nicoya era de aspecto bastante agradable, con buenas iglesias, pero las casas particulares estaban ¡más mal construídas. Altas montañas rodeaban la población».....Aquí lo curioso: dice Rameneau, que antes de prender fuego al pueblo, los franceses tuvieron cuidado de sacar las imágenes de las iglesias y las que se encontraban en las casas de los vecinos, tanto por ser objetos que ellos reverenciaban, como por librarlos del furor de los ingleses, quienes gozaban en profanar y despedazar todo lo que fuera de culto católico. Después del incendio de Nicoya, los piratas franceses, como era su costumbre, entonaron un sentido *Te-Deum* en acción de gracias á la Divina

Providencia que había coronado de feliz éxito su empresa y los había librado de todo peligro. Este hecho indica, y con creces, que otras gentes había que sobrepujaban á los hispanos y á sus descendientes, por su ciego fanatismo, en la época en que esto sucedió.

José F. PERALTA.

«:O:»

FRANCISCO COPPEE

(TRADUCIDO PARA LA *Revista de Costa Rica*)

Registrando el fondo, lo más profundo de mis recuerdos acerca de Francisco Coppée, hé aquí lo que veo: una estatuita de bronce florentino, elegante, aunque algo larga y flaca, oprimida por el jubón y los greñescos ajustados de un cantorillo de serenatas; el peso de los cabellos inclina la cabeza hacia atrás— como una flor demasiado opulenta para su tallo; el niño músico presta vagamente el oído al acompañamiento de su bándolín, levantando los ojos al cielo, fijos en un balcón ó en las estrellas.

Si me hubieran dicho, en el tiempo en que esta radiosa visión de juventud se me

aparecía en medio de la angustia penosa de las versiones griegas, que Francisco Coppée y el Zanetto no eran una misma persona, que el poeta no tenía ya dieciocho años, que no estaba cubierto con la toquilla de púrpura ni iba por los senderos arrastrando detrás de sí, en el rocío, una larga capa, habría movido la cabeza con desconfianza, guardándome en el corazón la certidumbre

Aun hoy que tengo menos imaginación no estoy seguro de haber sido víctima de un espejismo. La ilusión se renueva cada vez que abro el *Viajero, Oliveros, Primeras poesías*.

La verdad es que Coppée se parece mucho menos al *Florentino* de Pablo Dubois que á aquel Primer Cónsul á quien adoraban nuestras abuelas. Hay en casa del poeta, en su cuarto de trabajo, un retratito á lápiz, de pleno perfil, en el cual el parecido se convierte en ilusión completa: es Bonaparte, el joven oficial de artillería. Estos juegos de fisonomía nunca engañan: Francisco Copée ha debido nacer con alma de conquistador;—sólo que ha desdeñado la gloria de las batallas por el imperio de los corazones.

Acababa precisamente de obtener un triunfo la noche en que nuestras manos se es-

trecharon por vez primera. Fué algunos días después del brillante éxito de los *Jacobistas*, detrás del telón del Odeón, en la escalera de la escena.

Había ido yo á felicitar á la señorita Weber por algunas variaciones introducidas en su mímica.

—¿Vió V., me decía ella, cuando lanzo las estrofas sobre la *claimora* ⁽¹⁾ que hemos enterrado y que surgirá por sí sola de la tierra el día de la independencía? No alzo la mano de abajo arriba siguiendo el movimiento de una planta que brota; la bajo, y sin embargo «surgirá» porque lo estoy jurando, porque estoy afirmando mi creencia. Acaso esto no conviene á la representación de la imagen, pero sí á la verdad de la pasión que me embarga.

Alguien se aproximó á nosotros, saludando respetuosamente desde el fondo del escenario por los maquinistas, comparsas y criados. Era el poeta. La señorita Weber nos presentó mutuamente, y como la llamasen para el tercer acto, fuimos los dos á terminar la velada en el café Voltaire.

(1) Especie de espada escocesa.

De esa primera y larga entrevista he conservado un recuerdo encantador, pues la facilidad, la gracia, la juventud, la vida que bullecen la prosa y en los versos de Coppée, chispea también en su conversación.

Su escepticismo sin acritud y su jovialidad parisiense inspiran muy pronto confianza á sus interlocutores. En su presencia, nadie puede sentirse avergonzado de su obscuridad, de su pobreza de espíritu.

Cuando Coppée no cuelga de sus hombros la casaca hierática rameada de verde, nadie adivinaría en él á un *immortal*. Y si dirige miradas inquietas á la puerta cuando el cancionero Aristides Bruant (director del *Mirlitón*, periódico rival del *Chat Noir*) le tutea llamándole «Francisco» á secas y dándole palmaditas en la espalda, es porque teme comprometer en su persona las cuatro clases del Instituto.

Siempre me he felicitado de haber conocido á Coppée en esta *orilla izquierda*, porque allí está su reino. Hay, en efecto, en el placer con que un público tan numeroso como variado lee y aprende los versos de *Oliveros*, algo del cariño que todo el mundo abriga por el Odeón y sus galerías de libros, por el jardín del Luxemburgo y sus alamedas de

castaños, por el barrio que se atraviesa cuando uno va á reconocer el bosque de Meudón y sus atracaderos primaverales. Es que todo esto, amigos míos, es el recuerdo de nuestra juventud.

Yo creo que en la comedia que representamos ante una Providencia oculta, cada uno de nosotros ha recibido—como en una compañía teatral—un empleo al que vive sujeto.

Personas hay que han nacido para representar el papel de capitalistas, de traidores ó de charlatanes; el papel envidiado de todos, pero del que muy pocos son capaces, es el de galán joven. Ahora bien, es indudable que por decreto divino Francisco Coppée ha sido designado para representar, en la realidad y en la sociedad, ese papel de primer galán que Delaunay ha hecho con tanta superioridad en las tablas.

Hay una época en la vida en la que creemos amar á *las mujeres*, cuando no es sino á *la mujer* á quien amamos. Es la edad de los arranques irresistibles y cortos, de las desesperaciones profundas y efímeras. Lo que entonces se ambiciona es vagar por los estrechos senderos de los bosques, mano á mano con una joven vestida de percal, fresca como

los verdores nacientes, como las espesuras de ojiacantos.

Poco importa que la hayamos encontrado ayer y que sea preciso dejarla mañana, con tal que sonría como cantan los pájaros y se contriste por la puesta del sol. No hay existencia, por sombría que se la imagine, abrumada de deberes, abismada en las labores prácticas, sobre la cual no haya brillado uno de esos días de primavera, de amor, de sol, de idilio.

Y porque Francisco Coppée no ha escrito una línea, un verso en que no se respire este perfume, en que no se evoquen esos recuerdos, es por lo que sus obras se hallan no sólo en manos de los jóvenes y de las doncellas que viven de ensueños amorosos, sino también guardadas, con flores secas, entre las páginas, en el pupitre de la vieja institutriz, «de la señorita que no se ha casado», en quien los ojos vulgares no descubren más que el culto de las cuatro reglas y el orgullo de sus conocimientos gramaticales.

Es un dicho popular que los enamorados tienen buen corazón y ofrecen generosamente la limosna de su alegría. En medio de su dicha, Coppée no olvida nunca á los

pobres ni á los humildes; hace algo mejor que compadecerlos; los ilumina con un reflejo de su sol. Ha cantado sus alegrías modestas con una ternura, con una poesía que las enaltece; ha arrancado la envidia del corazón de aquellas cuya primavera toda se encierra en un tiesto de flores regado al borde de una ventana, en un vestido de muselina largo tiempo acechado en el escaparate de una tienda. ---

A todos estos lectores—á los amantes de hoy y de ayer—quiero indicarles un libro de su amigo: *Toda una juventud*.

A diferencia del *David Copperfield* de Dickens y del *Poquita Cosa* de Daudet, dicha obra no es una autobiografía ni una confesión.

«Sólo advierto, dice Coppée en el prefacio, que Amadeo Violette, personaje imaginario dentro de una acción imaginaria, siente la vida como yo la sentía cuando era niño y cuando era joven».

Los verdaderos aficionados á nuestro poeta—y él es quien tiene más entre los que manejan la pluma—deben, para evidenciar su devoción y descubrir las cosas veladas, leer el comentario escrito por M. de Lescure

con el título siguiente: *Francisco Coppée, el hombre, la vida y la obra.*

Cuanto á los que piensan que con los versificadores es menester un velo de ficción sobre la desnudez de la verdad, que vayan á buscar al poeta de la juventud en esta obra de *toda una juventud.* Por lo que á mí toca, cuando leí esas páginas exquisitas se me ofrecía á los ojos lo siguiente:

Nuestro Francisco Coppée de hoy, en su tranquilo gabinete de la calle Oudinot, á donde no llega ningún rumor de París, ningún ruido de carruajes. Cuando el poeta levanta la cabeza para recordar, ve por sobre su jardinito un gran huerto, donde un hombre se ocupa en podar los perales—la esperanza de la nueva primavera, de la próxima cosecha.

Una puerta se abre discreta, un paso familiar se acerca deslizándose sobre la alfombra: es la «querida hermana» Anita, con quien Francisco Coppée ha pasado á solas tantos años.

En este guardián de la casa del poeta hay algo del encanto que inspiran las marquesas encanecidas y de la maternidad de las hermanas de los sacerdotes. Ella no ne-

cesita hablar para pedir que se lea algo; le basta sentarse al lado de la mesa; el viejo gato le salta al punto á las rodillas—y todo el mundo escucha.

Y vosotros mismos desearíais oír [también esa canción de la juventud, que, como orquesta veneciana que pasa en una góndola, se va desvaneciendo en la sutil neblina y apagándose á lo lejos en la laguna.

HUGUES LE ROUX (*Portraits de cire.*)

CRONICA DE TEATRO

AL último campanazo de las ocho, la ciudad se anima y pone en movimiento. Todos van á la cita alegre, á paso apresurado. Las jóvenes con sus trajes de seda de colores vivos, sus sereneros blancos, echados al cuello en forma de capucha, sus abanicos de plumas y encajes, y sus binóculos, esos cristales maravillosos que acercan hasta la pupila fogosa é impaciente, el sér amado, la ilusión provocativa y tentadora de la niña casadera. Los caballeros van embutidos en sus gabanes pardos, quiénes pensando en la mirada misteriosa de la del traje gris, quiénes con la esperanza fija en la de los ojos azules y las pestañas negras; otros vamos saboreando la

última frase dulce con que nos despidió la mujer adorada, la niña trigüefia y pálida, la griega trasplantada, la chiquitina grande á quien queremos con todas las fuerzas del corazón. Los ancianos van también, con sus bordonés gruesos y sus capas á la antigua. Allí recuerdan las pasiones que huyeron al primer soplo del cierzo de la vida; y se divierten y se encantan con el personaje ridículo, con el protagonista de la pieza escénica que las más de las veces peina hilos de plata y gasta arrugas en la frente, porque así debe ser la comedia humana: el hombre riéndose de sí mismo, en obsequio de la gran vida y del buen humor, está en carácter, realiza la leyenda negra, la única verídica, á pesar del optimismo con que el arte bello ha saturado en todos los tiempos esta lucha ruin y fatigosa que llamamos vida.

Pero todos van al teatro.

*
*
*

Y aquella noche más que nunca hubo concurrencia, porque habían anunciado un drama nuevo para nuestro público y que venía precedido de los más distinguidos elogios. Así es que el teatro, lleno de bote en bote, parecía un inmenso enjambre de abejas mul-

ticolores, cada cual en su celda de trabajo.

Los palcos, estrechos, diminutos más bien, repletos de mujeres jóvenes y frescas, tendidos en forma de hemiciclo, con sus pilastras blancas, sus ornamentos dorados y sus barandillas de madera azul, eran verdaderos canastillos de flores, enfilados por mano caprichosa para una festividad de primavera. Allí el azul de la violeta, el blanco de la camelia, el pálido de la gardenia y el rojo vivo de la rosa, todo en conjunto abigarrado, cual si se tratara de una improvisada y loca competencia de colorido.

En las butacas, que són nuestro lugar, no estábamos solos: de trecho en trecho se destacaba el busto provocativo de alguna mujer hermosa ó la delicada esbeltez de una pálida soñadora. Había tulipanes aromosos y lirios blancos.

Eso era el teatro aquella noche de estreno.

Ahora, señoritas, dispensadme si no os retrato á pluma, si no grabo en la cuartilla que os pertenece ni líneas ni contornos en que palpiten vuestras donosuras; pero me hace falta mi visión, mi Psiquis, y sin ella—ya lo veis—no llega el arte á los puntos de mi pluma.

Ojos negros, labios rojos, senos tentadores: ¡qué delicioso es contemplaros cuando ni el egoísmo inquieta el espíritu, ni los celos quemán el alma !

*
* *

Pero lleguemos á decir lo que nos ha parecido la compañía.

Desde luego, lo primero que apuntamos en su abono es el hecho de que los artistas se completan los unos á los otros, de tal modo que no hay entre ellos quien desafine ó aparezca como lunar sensible en la blancura del lienzo.

Es claro, naturalmente, que no todos tienen iguales alientos: hay artistas que pudiéramos llamar *titulados* y también *capullos de artistas*, que prometen desarrollarse á maravilla, y llegar, acaso, hasta el pináculo del arte escénico.

Paulino Delgado se cuenta en el número de los primeros. El ha dado ya la nota más alta que su talento le permite; su aprendizaje está concluído; pertenece á la escuela moderna española genuina, y de ella ha sacado gran partido. Es en las tablas persona simpática, su metal de voz es agradable, y su mímica por extremo natural y espontánea.

La comedia y el drama son para él géneros igualmente conocidos; lo mismo hipnotiza en la tragedia espeluznante, que provoca la risotada estrepitosa en el pasaje ridículo del sainete.

Cuando se presenta febricitante, tocando ya los límites de la locura, fiero como un león bengalesco, y enamorado como un niño iluso; cuando lucha su espíritu entre el deber que obliga y la pasión que atrae con sus ensueños pecaminosos, en *El Nudo Gordiano*, en fin, parece que Delgado fuera esencialmente nacido para el drama. Pero cuando se asiste á *El Hombre de Mundo*, y se desternilla uno de risa ante la actitud bobalicona y ridícula de aquel calaverón filósofo que cree saberlo todo y todo lo ignora, entonces, por el contrario, parece Delgado el tipo favorito de Ventura de la Vega.

De esta dualidad resulta el mérito del artista que juzgamos: en la comedia se trasluce vagamente el dramático y en el drama se ve como entre bruma el comediante, y á virtud de este fenómeno, las más de las veces es Delgado por extremo natural.

En cuanto á la señora doña Alejandrina Caro de Delgado, le aplicamos todo lo dicho respecto de Paulino, pero con una

ligerá salvedad: ella nos gusta más en la comedia que en el drama.—Y no se entienda que tal afirmación envuelve censura para la actriz trágica; muy al contrario, pensamos que doña Alejandrina en ese género es admirable, y con razón, años atrás fué primera actriz en el teatro de la comedia de Madrid. Queremos, sí, decir que ella tiene la virtud de las uvas: como frutas, deliciosas son sin duda; como vino, exquisitas son también; y unos prefieren las uvas y otros saborean el vino. Para confirmar la sinceridad de nuestras palabras, declaramos que si hubiéramos de elegir, elegiríamos seguramente una copita de vino con un racimito de uvas.

Ortín es también artista consumado.—Por lo común aparece en las tablas rebosando sencillez, sin preocuparse de que lo observan cien ojos con mirada escudriñadora, sin tener en consideración que sus movimientos son medidos con compás riguroso; en una palabra, Ortín ha convertido la escena en algo de tan familiar para él como su salón privado, y ciertamente que tal espejismo constituye su secreto de artista para distinguirse en cualesquiera piezas por el naturalismo y la vida que imprime á sus papeles.—El señor Ortín difiere con Delgado en la escuela; aquél se inclina nota-

blemente la francesa, y si éste, como dijimos antes, ha sacado gran partido de la suya, española genuina, Ortín no se arrepentirá jamás de su elección acertadísima.

Pero está visto que si hubiéramos de dar lleno completo á nuestra labor de juzgar uno á uno los miembros de la Compañía de verso, ocuparíamos mayor espacio del que nos está señalado en esta Revista del poeta Facio; y por tal motivo reservamos para el número próximo la mitad de la tarea q' aun nos falta, tarea gratísima, si se tiene en cuenta que no cabe en ella, por la índole de los artistas, la frase amarga de la censura.

Eso sí, hemos de concluir la crónica teatral como remataríamos un banquete espléndido, con Benedictino, con Champagne, con algo de muy exquisito sabor. Pase, pues, adelante la señorita Grifell: es la más aparente; ella hará el efecto de la Chartreuse dorada servida en bacarat.

Prudencia es un capullo de artista y un capullo de mujer, de artista soberbiamente buena, de mujer soberbiamente bella.—Un botón del jardín de las Hespérides ó un camafeo de Benvenuto tallado en blanca y preciosa piedra.

De la aplaudida jovenzuela debemos decir, como Méndez Pelayo refiriéndose á una mujer pálida: «lleva fuego en el corazón y nieve en el rostro».

Prudencia sueña mucho, y en sus nítidos ensueños entrevé la gloria, allá en el horizonte; escucha como eco lejano que se pierde en las ondas, el canto del poeta enamorado, y siente sobre su cabecita rubia la fruición deliciosa de la corona de laurel.

Y sueña con la verdad escondida en lo oculto de lo porvenir, porque cuando ese sol que nace haya llegado al meridiano deslumbrará la mirada como un sol de Andalucía.

Hasta otra vista, amigo Facio.

MANUEL ARGUELLO DE VARS.

NOTAS

—Tenemos en nuestro poder una preciosa carta abierta que el noble poeta español Salvador Rueda nos ha dirigido para la *Revista de Costa Rica*, y que publicaremos en nuestro número próximo. Es, como obra suya, un trabajo literario lleno de gracia y viveza. Damos al poeta las gracias por su interesante colaboración, y en cuanto á nosotros, recíbalas también el amigo por las bondadosas apreciaciones que de nosotros hace.

—Ha aparecido ya el libro cuya próxima publicación anunciamos en año de nuestros n.º anteriores: *Lenguas indígenas de Centro América en el siglo XVIII*. La prensa de San José ha hablado con elogio de esta obra que viene á enriquecer el tesoro de la lingüística indígena y cuya publicación se debe á los señores don Ricardo Fernández Guardia, que facilitó los manuscritos entresacados y recopilados por su padre, y á don Juan Fernández Ferraz, bajo cuya dirección fué editada en la Tipografía Nacional. Pero á título de justicia hemos de decir aquí mismo, que no fue sino don Manuel María Peralta, nuestro Ministro en la Corte de Madrid, el primer descubridor de esos interesantes documentos. Hay de ese manuscrito una descripción en el *Boletín de la Sociedad Geográfica* de Madrid, correspondiente al mes de Junio de 1882, y consta también su descubrimiento de las memorias de la Real Academia de la Historia y de la sesión de 23 de Junio de 1882. Quiere decir esto que habrá dos ediciones de la misma obra, aunque la del señor Peralta vendrá acompañada de otros vocabularios, y de algunos complementarios ó aclaraciones que harán de ella una obra distinta de la que ahora anunciamos nosotros.

—Heraclio Martín de la Guardia, el poeta venezolano de vigoroso numen y de exuberante inspiración, ha tenido la fineza de enviarnos un ejemplar de sus poesías inéditas. Las hemos leído, como leemos todo lo suyo, con fruición. Reciba el poeta venezolano la expresión de nuestro agradecimiento.

—Nuestro colaborador el señor Peralta, autor de los *Apuntes Históricos*, nos ha observado que en la página 144 del presente n.º de la *Revista de Costa Rica*, al hablar de Nicoya, según la pintaba el cronista Ramoneau de Lussan, el cajista intercaló algo de más, . . . nada menos que otro *más*, pues puso así: <pero las casas particulares estaban *más* mal construídas> en vez de <estaban mal construídas.> Conste, pues, el error. Y á propósito de los *Apuntes Históricos* de Peralta, diremos que en la iglesia de la villa del Paraíso se encuentra el cuadro que representa á lo vivo la derrota de los piratas. Es una tabla de figura semicircular; la pintura no puede afirmarse que sea de un Rubens; pero es, como quiera que sea, una reliquia histórica y un recuerdo <del milagro.>

La Virgen de la Candelaria de Ujarrás aparece en medio de las nubes, rodeada de ángeles y arcángeles, en actitud de acometer á los bucaneros que estaban al mando del inglés Mansfelt y del francés Morgan, los cuales están representados en el cuadro tomando las de Villadiego, por detrás de una colina, mientras que los españoles de Cartago salen por la espalda de un monte, en busca de sus enemigos, á los cuales se encontraron derrotados y huyendo precipitadamente. El cuadro es curioso, y razón de sobra tiene nuestro colaborador, á quien debemos estos datos, para decir que debería ser traído al Museo nacional y conservado allí con esmero.

J. A. F.

INDICE.

	Páginas
I.—LO IDEAL, por Antonio Zambiana.....	116
II.—CARTA, por Leonidas Pacheco.....	125
III.—MEDALLONES, sonetos, por Justo A. Facio.	131
IV.—APUNTES HISTORICOS, por J. F. Peralta..	155
V.—FRANCISCO COPPEE, por C. Gagini.....	146
VI.—CRONICA DE TEATRO, por M. Argüello de Vars	154
VII.—NOTAS.....	162

REVISTA DE COSTA RICA

— 0 —
SALE UNA VEZ AL MES

CONSTA DE 50 A 64 PAGINAS CADA NUMERO

La suscripción por trimestre vale \$ 1-50
Un número suelto vale „ 0-60

AGENTES:

En Cartago Don Leonidas Pacheco.
> Alajuela > Luis Castaing Alfaro.
> Heredia > Luis R. Flores.
> San José > La Administración.

CALLE 18, N^o 241.—CORREO: APARTADO N^o 403